

LOS palacios de *Susa*, *Ecbátana* y *Persépolis* dejaron ruinas imponentes, que hoy han explorado distinguidos arqueólogos. Entre ellos Dielafoi. Las esculturas, los bajo-relieves, los ladrillos esmaltados, que se han encontrado en las excavaciones, prueban el adelanto de aquel pueblo en las artes. Los palacios eran construídos sobre eminencias, á que se ascendía por calzadas de suave pendiente. La arquitectura acusa gran semejanza con la de los asirios, lo que prueba que los persas imitaron á súbditos más civilizados que ellos, como años más tarde los conquistadores romanos imitaron á los griegos. Se ven los mismos techos planos, en forma de azotea; los mismos monstruos de piedra coronados, como en Nínive; los bajo-relieves en ladrillos esmaltados, y que representan cacerías y combates, procesiones y ceremonias.

Los persas realizaron, sin embargo, mayores progresos que los asirios, sobre todo en arquitectura, puesto que empleaban mejor material de construcción, como piedra y mármol: lo que les permitió levantar edificios más sólidos y bellos que los de Babilonia y Nínive, en los cuales solo se pudo emplear el ladrillo, pues que la llanura del Eufrates no proporciona mejores materiales. Los artesonados de las salas son más elegantes y primorosamente trabajados; por último, emplearon por primera vez la columna, que es el más bello adorno arquitectónico, y que fué enteramente desconocida de los egipcios, caldeos, fenicios y judíos. Según aparece en las ruinas, era delgada, esbelta, y tenía de altura doce veces el ancho ó diámetro.

Los demás progresos de los primitivos pueblos de Oriente parece como que se estancaron, hasta que vino á sacarlos de aquel marasmo la conquista macedónica, necesaria para que el mundo siguiera nuevos derroteros en esta labor interminable de la civilización.

SECCION SEGUNDA. GRECIA.

CAPITULO I.

PRIMEROS TIEMPOS DE GRECIA.

I.—Las leyendas.

SE ignora el tiempo preciso en que se pobló la hermosa península que forma la Grecia. Se asegura sí, con datos auténticos, que sus primitivos habitantes pertenecían á la misma raza que pobló el *Indostán* y la *Persia*; sus costumbres, los nombres de sus dioses y, en general, su idioma, no dejan duda alguna acerca de su procedencia asiática y de su origen *Arya*. Ellos ignoraban absolutamente esta procedencia y origen, y se creían *autóctonos*, ó nacidos en el lugar mismo en que se civilizaron después. La razón de esto consistió en que los griegos no pudieron conservar el recuerdo de sus primitivas emigraciones, porque para conservar la noticia de los sucesos pasados se necesita consignarlos, ó tener un medio de fijar estos sucesos. Ahora bien, consta por documentos auténticos, que los griegos no comenzaron á escribir sino hasta el siglo VIII a. de J. C. (776. Primera Olimpiada). Así es que á partir de entonces empieza la verdadera historia de Grecia.

Mas, en el país circulaban multitud de leyendas, de profunda significación unas, de belleza innegable otras, y que si no son ahora temas importantes de estudios históricos, se han convertido en manantial inagotable para las bellas artes. Entre los relatos que contienen cierto sentido moral, conviene mencionar el de *Hércules* (símbolo de la fuerza, del valor y la justi-

cia) [1]; el de *Teseo*, primer guerrero y legislador de Grecia, y los de *Cástor* y *Polux* [emblema de amor fraterno], *Belerofonte* y muchos otros. Pero las leyendas ó relatos que caracterizan una época [época heroica], y que sin ser históricas, acusan la concepción de un régimen político y social más avanzado, son las que relatan «la expedición de los *Argonautas*,» «la guerra de *Tebas*» y la de *Troya*.

II.—Tiempos Heroicos.

EN «los Argonautas» aparecen los primeros navegantes de Grecia. *Jason*, rey de *Tesalia*, se propuso atacar en sus guaridas á los piratas que asolaban las costas del país, y apoderarse del célebre «Vellochino de Oro». Para esto, mandó construir la nave *Argos*, en que reunió á todos los marinos, célebres ya por su denuedo. *Orfeo*, primer poeta y músico de aquel pueblo, (tan pujante después en las bellas artes), debía alegrar con sus cantos la penosa travesía. La hija de *Oetes*, la infame *Medea*, sirvió de guía á los *Argonautas* en la *Cólquide*, término de su viaje, y les inspiró los medios de vencer á los toros que custodia-

(1) Hércules, hijo de Júpiter y de Alcmena. Cuando niño, ahogó dos serpientes; ya hombre, venció al león que devastaba la selva de *Nemea*, mató á la hidra de *Lerna* (monstruo de 7 cabezas que renacían, y que Hércules cortó de un solo golpe), y al jabalí de *Erimanto*; ahuyentó las aves de rapina del lago Estinfalo; torció la corriente del *Alfeo* con el objeto de limpiar de fango los establos del rey *Augías*. En *Creta* dominó á un toro furioso, y en el mar Negro venció á las *Amazonas*. Castigó á *Diomedes* y á *Gerión*, que alimentaban sus bestias con carne humana; abrió el estrecho de *Gibraltar* (columnas de Hércules) Bajó dos veces á los infiernos, donde encadenó á *Cerbero*, libertando á *Teseo*; fué á *Libia* á coger las manzanas de oro del jardín de las *Hesperides*, guardadas por un dragón. Hércules mató al monstruo, y mientras el gigante *Atlas* cogía las manzanas, el héroe sostuvo el mundo sobre sus hombros. Además, ayudó á *Júpiter* en su lucha contra los *Titanes*; ahogó al gigante *Anteo*, exterminó á los *centauros*, y murió víctima de los celos de su esposa *Dejanira*. . . . En verdad, la leyenda de Hércules es interminable, como expresión de la lucha del hombre contra la naturaleza.

ban «el Vellochino,» huyendo luego con *Jason* á Grecia. [1]

«La guerra de Tebas,» (perteneciente á la misma época heroica), provino de la rivalidad suscitada entre los malditos hijos de Edipo (2). Este fué al principio el más feliz de los hombres. Habiendo librado al país de un monstruo, (la esfinge), que proponía enigmas, y que devoraba al que no acertaba con la solución, recibió en recompensa la mano de *Yocasta*, reina de *Tebas* y viuda de *Layo*. La fatalidad, entonces, se abate sobre el desdichado Edipo. Descubre que *Layo* pereció en sus manos, que había sido su padre, y que (aún más horrible), se había casado con su madre. En su dolor, maldice la luz, arrancándose los ojos para no verla. Ciego y desdichado, su buena hija *Antígona* lo consuela y le sostiene; pero sus crueles y ambiciosos hijos, *Eteoclo* y *Polnice*, se disputan el trono de *Tebas*, encienden una espantosa guerra de siete años, que termina en combate singular, en que los dos hermanos perecen. Entre tanto, el rey de Argos, que toma partido por uno de ellos, sitia á *Tebas* y la destruye.

Pero ninguna leyenda más célebre que la relativa á la guerra de *Troya*, en que por primera vez lucha el Oriente contra el Occidente. El recuerdo de esta lucha se conservó entre los griegos y fué inmortalizada por el primer poeta, que mereciera este nombre en el mundo, por *Homero*. No se sabe nada acerca de la existencia de éste; pero durante siglos, repitieron los griegos su nombre y siete ciudades se disputaban la honra de haber sido su cuna, y se formó á su vez una leyenda sobre él, en que se le representaba, ciego, pobre y errante de ciudad en ciudad, cantando al son de la lira los versos de su maravilloso poema. Luego, unos cantores ambulantes, los *rapsodas*, los recitaban en las fiestas, imitando al autor, hasta que en el siglo VI, *Pisistrato*, príncipe de Atenas, mandó coleccionar y copiar los fragmentos del poema. Desde entonces, la *Iliada* (de Ilión,

(1) La leyenda de *Medea*, que ha servido de tema fecundo de inspiración á los poetas, está bordada sobre un carácter semibárbaro, pero está tan bien sostenido, que se explica fácilmente el favor de que ha disfrutado.

(2) Edipo es la fiel expresión de aquella terrible fatalidad genética, que arranca del alma todo consuelo y la entrega a la desesperación.

Troya) es la epopeya más celebrada de la antigüedad. Queda aún la duda acerca de la existencia de *Homero*; y más, desde que *Wolf* demostró, (ó intentó demostrar) que la obra consta de dos partes bien distintas: la que celebra las hazañas de los griegos, y la que exalta las de los troyanos, y que ambas fueron unidas en un solo cuerpo posteriormente. Lo cierto es que la unidad de la *Iliada* no puede negarse, y que tanto la leyenda como el poema, son de origen muy remoto; probablemente pertenecen: la primera al siglo XII; la segunda, al X antes de *Jesucristo*.

La leyenda supone que *Paris*, hijo de *Priamo* (rey de Troya), robó á *Elena*, esposa de *Menelao*, rey de Esparta. A la voz de éste acudieron los caudillos más famosos de Grecia, entre los cuales se distinguían: *Agamenón*, rey de Argos; *Néstor*, notable por su sabiduría y elocuencia, rey de *Pilos*; el astuto *Ulises*, rey de la isla de *Iaca*; los dos *Ajax*, de *Salamina*, y sobre todos, el valiente *Aquiles*. Transportado el ejército griego en mil doscientos bajeles á las costas de *Asia Menor* (la Troade) en que se asentaba *Ilión*, tardó diez años en tomar la ciudad, que defendía *Héctor*, el más valeroso de los hijos de *Priamo*. Los combates en torno de la ciudad forman el asunto de la *Iliada*; pero la leyenda continúa, puesto que *Troya* no podía sucumbir, sino hasta que robasen la estatua del *Paladión* y poseyesen los griegos las flechas de *Hércules*, envenenadas con la sangre de la *hidra de Lerna*. No bastó con esto, y fué necesario que construyeran un enorme caballo de madera, en que se ocultaron los principales guerreros, y penetraran de este modo con engaño en el seno de la confiada ciudad. A una señal, salen los griegos y destruyen á la desdichada *Ilión*. *Priamo* fué dogollado; *Hécuba* y sus hijas quedaron cautivas; la desgraciada *Andrómaca* fué entregada como trofeo de Victoria á *Pirro*, hijo de *Aquiles*, quedando la profetisa *Cassandra* en poder de *Agamenón*, adalid de las escuadras. Solo *Anítenor* y *Eneas*, hijo éste de *Anquises* y de *Venus*, pudieron librarse de la muerte.

Pero ninguno de aquellos héroes tuvo un feliz regreso; el mayor número, entre ellos el valiente *Aquiles*, perecieron en los combates ó en naufragios. *Ulises* anduvo diez años errante por mares desconocidos, sin poder llegar á su reino. Cuando llegó, su palacio estaba ocu-

pado por pretendientes que asediaban á *Penélope*, mujer de *Ulises*, para que eligiera esposo entre ellos. El héroe y su hijo *Telémaco* lograron destruirlos. Este es el asunto de la *Odisea*, que se atribuye también á *Homero*.

Por más adelantos que acusen estas leyendas, no pueden servir más que de guía para suponer el carácter del pueblo que las creara, pero no como documentos históricos. (1). La verdadera historia de Grecia puede comenzarse desde que se formaron en el país diversos Estados independientes, sólo unidos por los vínculos de la lengua, la religión y las costumbres, (siglo X al VIII). Antes de esa época, aunque los griegos sabían labrar la tierra, edificar ciudades, construir naves y obedecer á un jefe ó a una asamblea, [según consta por las leyendas y, principalmente, por los maravillosos poemas de *Homero*], lo cierto es que eran semi-bárbaros todavía, puesto que desconocían la escritura, no sabían servirse de la moneda é ignoraban el uso del hierro.

III.—Formación de los Estados.

EL suelo de Grecia, montuoso y dividido en valles estrechos, favorece la formación de pequeños Estados independientes. Solo al norte se encuentran feraces llanuras en la *Tesalia*, regadas por el río *Péneo*; luego hay un desfiladero entre el *Pindo* [cordillera central] y el mar, el de las *Termópilas*, que conduce á la *Fócide*, donde se levanta á 2,400 pies el monte *Parnaso*. De la *Fócide* siguen hácia el sudeste la *Beocia* y el *Atica* con el *Penélico*, famoso por sus mármoles, y el *Himelo* por la miel de sus abejas. El istmo de *Corinto* separa á la Grecia central del *Peloponeso* [Morea] recortada también en diferentes valles: la *Elide*, la *Argólide*, *Acaya*, *Mesenia*, *Laconia*, regada esta última por el *Eurotas*, y termina-

(1) Un sabio alemán se propuso practicar algunas excavaciones en la *Troade*, costa del *Asia Menor* en que se supone que estuvo *Troya*, y solo pudo encontrar las ruinas de una pequeña ciudad; pero no hay pruebas de que pertenecan á la legendaria *Troya*.

da por el *Taigelo*, que forma la punta extrema de Grecia [cabo Tanaro ó Matapán]. Mas si el país es pequeño, sus costas ofrecen un desenvolvimiento equivalente con sus sinuosidades y recortes á las de la Península ibérica. Alrededor de Grecia todo es mar é islas: al Este el mar *Egeo*, al Oeste el *Jónico*. Las islas, que no son más que montañas sumergidas cuyas cimas flotan sobre las aguas, se escalonan á los lados, como «piezas de ajedrez»: al Oeste, *Corcira*, *Leucades*, *Itaca*, *Cefalonia*, etc.: al Sur, *Creta* y *Citerea* [Chipre]; al Este, las *Cícladas* y las *Espóradas*. La Geografía explica, tanto la formación de pequeños Estados en Grecia, como la expansión de las familias que poblaron el país en numerosas colonias.

Según tradiciones comprobadas, se sabe que tribus numerosas que salieron del *Epiro* [Albania], ocuparon la llanura del *Péneo* [Tesalia], arrojando á los antiguos habitantes [beocios] al valle del *Cefiso*, que de ellos tomó el nombre de *Beocia*; que unos pueblos de montañeses, los *dorios*, procedentes del *Pindo*, invadieron el Peloponeso, apoderándose de los países más ricos, [*Laconia*, *Mesenia*, *Argólida*, *Sicione*, *Corinto* y *Megara*], y que una tribu de *Etolios*, que acompañaba á los dorios, se posesionó de la *Elide* al Oeste, en el mismo Peloponeso. En cuanto á los antiguos habitantes, los *aqueanos* ó *acayos*, se dirigieron al norte, arrojando de allí á los *Jonios*, y fundaron las doce ciudades aqueas. Los *Jonios* á su vez se refugiaron en la Atica. Diferentes familias, además, fueron más allá de la península á fundar diversas colonias, en el *Archipiélago*, en el *Asia Menor*, en *Creta*, *Chipre*, el *Cáucaso* y la *Crimca*, y en las costas de *Tracia* [Turquía europea], *Africa*, *Italia*, *Francia* y *España*.

Las familias más notables fueron los dorios y los jonios: los primeros fundaron á *Esparta*; los segundos, á la sabia *Atenas*. Los *dorios* eran montañeses de rudas costumbres, hablaban un idioma áspero y primitivo y llevaban una vida esencialmente guerrera; los jonios eran pacíficos, industriosos, hablaban un idioma suave y armonioso y amaban la navegación y las artes. Al rededor de estos pueblos gira la historia de los primeros tiempos de Grecia; pero el mayor número de los habitantes del país no pertenece á ellos, sino á dos familias distintas: la de los *colios* y la de los *aqueos*; la

primera puebla la Grecia central, y comprende *arcadianos*, *focidios* y *beocios*; la segunda habitaba con los dorios el Peloponeso. Todos tomaron el nombre de *helenos*, pues que, según la tradición, *Doro* y *Eolo* eran hijos de *Helen*, y *Ion* (ó Jon) su nieto.

CAPITULO II.

RELIGION GRIEGA.

I.—Politeísmo.

EN Grecia, la religión no tuvo la misma importancia que en los pueblos orientales: nunca sirvió de núcleo para la formación de los Estados. Hubo sí multitud de preocupaciones religiosas que regían su vida privada y pública; pero puede decirse que *humanizaron* sus dioses, *divinizando* á la humanidad. Tal es el carácter saliente de esta religión singular.

Los griegos creían en muchos dioses; todo ser vasto é imponente, todo fenómeno, ó signo de un gran poder, era para el griego una divinidad: el sol, la tierra, el cielo, el mar, el aire, y hasta las fuentes, los ríos, las montañas y los árboles, llegaron á ser los objetos predilectos de su culto. Mas, al mismo tiempo que son seres, ó fuerzas naturales, los representan bajo la forma más noble y bella, la forma humana. «La Náyade,» por ejemplo, «es una fuente y una joven hermosísima.» «El río *Janto*,» dice Homero, se arrojó sobre Aquiles, hirviendo de furor, lleno de ruido, de espuma y de cadáveres.» Estas concepciones hacen que la literatura helénica sea tan plástica y tan rica en imágenes. Los dioses griegos, son, así, hombres, [aunque más altos y bellos que los mortales] (1), que poseen trajes, que gastan armas y utensilios, que habitan palacios, y que tie-

(1) «Arés y Ateneo lo conducía vestidos de oro, altos y hermosos, según conviene á los dioses,» dice Homero cuando describe el ejército grabado en el escudo de Aquiles.

nen sentimientos, ideas y gustos análogos á los de los hombres.

Además de los pequeños dioses (poliades), que pertenecían á cada cantón ó ciudad, esto es, el riachuelo que les da el agua, el bosque que les proporciona sombra y agrado, la gruta misteriosa en la montaña vecina, etc.; además de estas deidades locales, los griegos de todos los Estados reconocieron de doce á veinte dioses superiores, que todos invocaban y que representaron siempre los poetas y los artistas con los mismos ó análogos atributos. Estos dioses eran: *Zeus* (Júpiter), *Hera* (Juno), *Atenea* (Minerva), *Apolo*, *Artemisa* (Diana), *Hermes* (Mercurio), *Hefaislos* (Vulcano), *Hestia* (Vesta), *Arés* (Marte), *Afrodita* (Venus), *Poseidón* (Neptuno), *Anfítrite*, *Proteo*, *Cronos* (Saturno), *Rea* (Cibeles), *Deméter* (Ceres), *Perséfone* (Proserpina), *Hades* (Plutón) y *Dionisios* (Baco).

Zeus es el dios del cielo y del aire, el soberano, el amo de los dioses y los hombres; lo representaban bajo la forma de un anciano de larga barba, sentado en un trono de oro. Para mostrar su poder, el poeta pone en su boca estas palabras: «Atad al cielo una cadena de la que vosotros [dioses y diosas] tiraréis, vuestros esfuerzos no podrán arrastrar hacia la tierra á *Zeus*; pero si yo quisiera tirar de élla, me llevaría la tierra y el mar, los ataría á la cima del Olimpo, y de allí quedaría suspendido todo el universo. Tan superior es mi poder sobre el de los dioses y los hombres.» El signo de poder más frecuente, y más visible en *Zeus*, era amontonar las nubes y lanzar el rayo.

II.—Atributos de los dioses.

MITOLOGIA.



OS dioses principales tenían, según los antiguos griegos, ciertas funciones, y los representaban de modo que significaran estas funciones, con determinadas formas ó atributos. Además, algunas de estas divinidades superiores, tenían algo así como una corte ó séquito formado por otras secundarias; y como á todas les prestaban la for-

ma humana y los instintos, gustos y sentimientos de los hombres, referían de éllas minuciosamente la historia de sus aventuras ó hazañas, las de sus padres, hijos ó hermanos [Teogonía], hasta que llegaron á constituir con el trascurso de los años, una verdadera ciencia de los relatos ó *mitos* referentes á sus dioses y héroes: la *Mitología*. Hoy no tiene importancia este tejido de relatos, sino como fuente de inspiración para los artistas, y como datos irrecusables para el historiador, que puede conocer en ellos la índole de aquel pueblo, dotado de tan viva y rica imaginación. [1].

Hera, [Juno], es la diosa protectora de los casamientos; *Atenea*, [Minerva], virgen de claros ojos, armada con lanza, casco y peto, diosa del aire límpido y sereno, representa la sabiduría y la invención. *Apolo*, dios del sol y de la luz, es el inventor de las bellas artes. Puede decirse que le son afines las divinidades que personifican ciertas concepciones intelectuales: *Clio*, que preside la historia; *Talia*, la comedia; *Melpómene*, la tragedia; *Polimnia*, la elocuencia; *Euterpe*, la música; *Urania*, la astronomía; *Erato*, la poesía lírica; *Caliope*, la epopeya, y *Terpsícore*, el baile. [2]

Artemisa (Diana), virgen agreste, armada de arco y carcax, era la diosa de la caza y de los bosques; la representaban cazando, al frente de centenares de ninfas. *Hermes* (Mercurio), dios de los debates, del comercio, de la lluvia que fecunda; es el mensajero de los dioses; por esto, tal vez, le representaban con sandalias aladas. *Hefaislos* [Vulcano], dios del fuego, es el herrero incomparable, el que doma la materia y el que forja el rayo descargado por *Zeus*; lo representan como robusto operario, con un martillo en la mano. *Hestia* [Vesta], es la diosa del hogar; *Arés* [Marte], es dios de la guerra, el que impulsa á los combates é inspira valor á los mortales. *Afrodita* [Venus], era la diosa de la hermosura y los placeres la acompañaban las tres gracias: *Aglae*, *Talia* y *Eufrosina*, adornadas con guirnaldas de flores, completando su séquito el inseparable *Cupido*.

(1) Un autor dice que sin algunas nociones de Mitología no es posible entender, ni los poemas clásicos, ni los cuadros y estatuas de artistas afamados. A este título consignamos las notas del texto.

(2) Les llamaban «las nueve musas», y, según decían, formaban el séquito de Apolo, reuniéndose en el Parnaso, montaña de la Fócide.

Poseidón [Neptuno], dios del mar, lo representan en un carro tirado por monstruos marinos. El *Océano* mismo era también una divinidad: su esposa, *Tetis*, va acompañada por tres mil ninfas ú *Occánides*, mientras que las *Nereidas*, hijas de *Nereo*, formaban el acompañamiento de *Poseidón* [Neptuno]. Mas, el mar era riquísimo en divinidades; en él vivía *Tritón* [mitad hombre y mitad pez], é hijo de *Neptuno* como *Nereo*; *Eolo*, el que guarda los vientos, y las célebres *Sirenas* de agradable voz y pérfidos intentos, que atraían al navegante hacia los escarpados escollos en que moraban.

Rhea [Cibeles], era la diosa de la tierra; *Deméter* [Ceres], la de las cosechas, con su haz de rubias espigas en la mano. *Pan* era el dios de las selvas, con sus *faunos* y *sátiros* [mitad hombres y mitad bestias]. *Ninfas* y *driadas* habitaban las arboledas; la ninfa *Eco* las montañas, y las *náyades* los manantiales y las fuentes.

En el infierno [regiones inferiores] habitaba *Hades* [Plutón] con las furias, sus ministros de venganzas y las tres *Parcas*: *Cloto*, *Láquesis* y *Atropos*, que presidían al nacimiento y muerte de los mortales. [1], *Carón* era el barquero que transportaba las almas más allá del *Aqueronte*, que ciñe á manera de cinturón la morada de las sombras; y tres jueces severos, *Mnos*, *Euque* y *Radamanto*, completaban los habitantes divinos de aquella lúgubre mansión. Solo la infeliz *Proserpina*, robada por *Plutón* á *Ceres*, parecía gemir, á pesar de ser la reina en aquel triste lugar.

La mitología no solo comprende la supuesta historia de las divinidades secundarias sino también los sucesos relativos á la vida y costumbres de los dioses superiores, de sus padres, hijos ó hermanos, los cuales son, á su vez, dioses, hombres divinos ó semidioses, *Apolo*, por ejemplo, había nacido en la isla de *Delos* donde se refugió su madre *Latona*; se continuaba el relato diciendo, «que mató un monstruo que devastaba la comarca situada al pié del monte *Parnaso*», ni más ni menos que si se tratara de un mortal [2], héroe ó semidiós, como *Hércules*, *Edipo* ó *Aquiles*.

(1) La representación no podía ser más gráfica: Cloto tenía la rueca, Láquesis la hebra, y Atropos la cortaba.

Los dioses superiores no morían, los héroes ó semidioses sí: los primeros residían en el *Olimpo*, montaña de nevada cúspide, en que, según Homero, tenían sus sesiones, en medio de celeste luz.

III.—Culto á los Dioses y á los Héroes.

COMO los dioses tenían los sentimientos del hombre, les tributaban culto con ofrendas y fiestas, les edificaban palacios (1), y procuraban agradarles con regocijos públicos. Este fué el origen de «las fiestas ó juegos solemnes» que llegaron á adquirir tan grande importancia en Grecia. Se celebraban en cuatro lugares: *Olimpia*, *Delfos*, *Nemea* y el istmo de *Corinto*; pero los más célebres y concurridos fueron los de *Olimpia* que se verificaban cada cuatro años en honra de *Zeus* (2). La multitud acudía de todo el país; se empezaba por sacrificar animales y dirigir algunas oraciones á *Zeus*, y luego venían los certámenes, que consistían en los ejercicios siguientes:

- 1º Carrera á pie en torno del estadio.
- 2º El *pentaplo*, que comprendía cinco ejercicios: saltar, correr de un punto á otro del estadio, lanzar el disco de metal, arrojar el dardo y luchar cuerpo á cuerpo.
- 3º El pugilato en que se luchaba con los brazos cubiertos con tiras de cuero.
- 4º Las carreras de carros, con tiros de cuatro caballos.

El vencedor recibía una corona de olivo, pero era aclamado y conducido en triunfo hasta su ciudad natal: en ocasiones derribaban un lienzo de muralla, para que entrara en la población: llegaba en un carro tirado por cuatro caballos, escoltado por el pueblo, del que recibía incesantes ovaciones. «Los griegos tenían razón para admirar tanto la fuerza física, pues que en sus guerras, donde se combatía cuerpo á cuerpo, los mejores soldados eran los atletas.»

Los mismos homenajes y ofrendas se tributaban en Grecia á los héroes, á ciertos personajes legendarios ó históricos, á cuyo poder se acogían y cuya protección invocaban. No son dioses, sino semidioses; no habi-

(1) Los templos no eran más que unos palacios magníficos en que residía el dios.

(2) Tan importantes fueron, que los griegos medían el tiempo por olimpiadas, períodos de cuatro años; habiendo comenzado en 776, en que fué vencedor Corebo. No es posible elevarse más arriba en la cronología griega.

tan el Olimpo, pero son bastante poderosos para hacer el bien ó mal según les parece. Esta es la razón del culto que los helenos practicaron hasta los últimos tiempos á Heraclés y Edipo, á Ulises, Agamenón, Aquiles, y á muchos personajes históricos, como Leónidas y Lisandro, Licurgo y Solón. *Herodoto* cuenta multitud de hechos relativos á la adoración y culto que tributaban á los héroes y que pintan vivamente esta superstición: «La ciudad de *Sicione*.» dice el gran historiador. «adoraba al héroe *Adrasto*, y tenía en la plaza pública un templo. *Clistenes*, tirano de esa ciudad, tuvo la idea de expulsar al héroe, y fué á preguntar al «oráculo de Delfos» si lograría ó no su objeto; pero la contestación no le fué favorable. *Clistenes* fué entonces á *Tebas*, de donde trajo los restos de *Melanipo*, héroe que había sido en vida el mayor enemigo de *Adrasto*, suponiendo que éste huiría disgustado, al ver que se tributaban á *Melanipo* las fiestas que correspondían á él.» Los héroes protectores de una ciudad la defendían y cuidaban, y hasta combatían contra sus enemigos. «Durante la batalla de *Maratón*, los atenienses vieron en medio de ellos á *Teseo*, héroe fundador de *Atenas*, cubierto con brillante armadura; y en la de *Salamina*, á los héroes de esta ciudad, *Ajax* y *Telamón*, que extendían sus brazos en dirección de la escuadra griega.»

Otro culto singular de los helenos fué el de los *oráculos*, nacidos de una creencia común en aquella época: la de los *presagios*. Todo fenómeno común en ciertas circunstancias, y, con mayor razón, los fenómenos extraordinarios, eran interpretados como avisos de las divinidades; así, el vuelo de las aves que cruzan el firmamento, las entrañas de los animales, los temblores de tierra, un *eclipse* y hasta un simple estornudo, eran vistos como presagios favorables ó adversos. Cuando *Jenofonte*, en la «Retirada de los diez mil», dijo á sus soldados: «Con el favor de los dioses tenemos fundada esperanza de salvarnos con gloria», estornudó un soldado; todos creyeron entonces, que la divinidad les enviaba ese presagio. El mismo *Jenofonte*, ilustre filósofo y general consumado, continuó; «puesto que *Zeus* nos envía este aviso, en el momento de discutir nuestra partida, hagamos votos de ofrecerle nuevos sacrificios». Durante la funesta «guerra del Peloponeso», se perdió la desgraciada expedición de *Nicias*, á causa de esta creen-


cia en los presagios: superstición que costó á *Atenas* su mejor ejército, y, en suma, su hegemonía en Grecia. (1)

Esta creencia en los avisos divinos, hizo que se sistemara el procedimiento de advertir á los hombres, en todas las circunstancias de la vida; y en varios puntos de Grecia se formaron asambleas de sacerdotes, á que acudían los fieles en busca de respuestas y consejos; tales fueron los *Oráculos*. Los que gozaron de mayor fama, aun más allá de los límites del país, fueron: el de *Dodona* en el *Epiro*, y el de *Delfos*, en la *Fócide*, al pie del monte *Parnaso*. En *Dodona*, *Zeus* daba las respuestas, valiéndose del susurro de los bosques sagrados, que luego interpretaban los sacerdotes; en *Delfos*, las daba *Apolo*, por medio de una mujer, la pitonisa, que después de prepararse á recibir la inspiración, (bañándose en un manantial *sagrado*), subía á la trípode, donde le acometía el delirio y pronunciaba palabras entrecortadas, que los sacerdotes se encargaban de interpretar.

CAPITULO III.

Organización política y social de Grecia.

I.—Las Ciudades.

 DURANTE algunos siglos, la nación helénica no existió más que de nombre; cada cantón, cada isla, formaba un Estado independiente, con su capital, su playa y puerto, y con varias aldeas dispersas en la campiña. El número de estos Estados se ignora, pero se supone que en la península era como de ciento, y con las colonias más de mil; jamás dejaron de combatirse y destruirse mutuamente: jamás se unieron para formar un cuerpo nacional. El Consejo ó liga de los *Anficiones*, que se reunía cada año en *Delfos*, era una asamblea formada

(1) *Nicias* hubiera podido salvar su ejército, y ya había comenzado el embarque; pero un eclipse de luna, lo hizo desistir de su propósito, creyendo que era un signo adverso; se detiene, y entonces los enemigos lo destrozan.

por representantes de doce pueblos solamente, y no tuvo más objeto que cuidar del templo de *Apolo*, celebrar las fiestas del dios y guardar sus tesoros

Sin embargo, desde las costas de *España* hasta el fondo del mar *Negro*, vivían multitud de pueblos, que adoraban los mismos dioses, hablaban el mismo idioma y tenían análogas costumbres; esto es, tenían la misma vida íntima y privada, y constituían análogos organismos políticos.

En esto fundaban su pretensión de formar una misma familia, un mismo pueblo distinto de los demás, de todos aquellos que desde los tiempos de Homero llamaban orgullosamente *bárbaros*, mostrándoles sus *Instituciones*, tan diferentes de las de los pueblos orientales, condenados parece eternamente al despotismo. Sólo dejaron de ser independientes en tiempo de *Alejandro*: pero esto mató el genio propio de los pueblos helénicos, formando desde entonces una nación única, como esclava atada al carro del conquistador... Durante varios siglos, pues, los diversos pueblos griegos se constituyeron de modo independiente; pero más ó menos conformes á una de las dos ciudades que tuvieron la hegemonía, ó dirección general de los principales sucesos políticos en Grecia.

II.—Gobierno y costumbres de Atenas.



TENAS se alza en una enorme peña aislada, junto al mar *Egeo*; la ciudad alta. (la acrópolis), ocupaba la cima de la roca: la época de su fundación asciende á los tiempos fabulosos ó heroicos de Teseo. (1) Al rededor de este caserío vi-

(1) La leyenda de Teseo es muy semejante á la de Hércules. Era hijo de *Egeo*, rey de Atenas; mató al bandido *Sinis*, que destrozaba á los viajeros atándolos á las ramas de los árboles, dobladas con esfuerzo; á *Procusto*, que tenía un lecho donde torturaba á sus víctimas. Libró á Atenas del tributo cruel que pagaba á *Minos*, matando al Minotauro, mediante el hilo conductor de Ariadna, que le impidió perderse en el *Laberinto*, construído por *Dédalo*. Con Pirítoo intentó robar á Proserpina; pero fracasó en su empresa. Luego viene la tragedia terrible de su culpable mujer, *Fedra*, quien lo indujo á matar á su hijo *Hipólito*; y luego arrepentido, murió de tristeza.

vían los habitantes del *Atica* en un centenar de aldeas distribuídas en el campo; pero todos adoraban á *Ate-neá*, diosa protectora de la ciudad, y obedecían sus leyes. En un principio tuvieron un rey, pero luego, (no se sabe la época precisa de esto), cambiaron la forma monárquica por el *arcontado*, ó sea, nueve gefes, que llamaron *arcontes*, elegidos nuevamente cada año. Este régimen aristocrático y opresor, puesto que los propietarios nobles (eupátridas) vendían á los arrendatarios de sus dominios y extorsionaban de mil modos al pueblo, acabó por cansar y encargaron entonces al sabio *Solón* que les dictase nuevas leyes (594 a de J. C.)

Solón (uno de los siete sabios de Grecia), llevó á cabo varias reformas: 1.^o Disminuyó el valor de la moneda, con lo que pudieran los deudores pagar fácilmente sus deudas. 2.^o Hizo á los campesinos propietarios de las tierras que cultivaban, y 3.^o Dividió á los ciudadanos en cuatro categorías según sus rentas; cada cual debía pagar impuestos y servir en el ejército conforme á sus medios, quedando los pobres exentos de contribución y de servicio. Pero todavía tardó *Atenas* un siglo más en constituirse, disfrutando de paz, sólo en el período del poderoso é inteligente *Pisistrato* (591). A su muerte, comenzaron las revoluciones, hasta que *Clistenes* puso el Poder público en manos del pueblo, é hizo ciudadanos á todos los mercaderes establecidos en el *Pireo*. El pueblo ateniense, numeroso é ilustrado, fué el más turbulento de Grecia. A partir de 510, quedó definitivamente constituida la *sociedad* de Atenas y el *Gobierno*.

La sociedad comprendía tres clases de habitantes: los *esclavos*, los *extranjeros* y los *ciudadanos*. Los primeros no tenían derechos y estaban enteramente sujetos al capricho de su amo ó Señor. Se ocupaban en trabajos domésticos, ó en los talleres, fabricando objetos y utensilios para los ciudadanos, puesto que ellos no podían ser propietarios. Los *extranjeros*, [metecas], podían comerciar, puesto que eran libres; pero no participaban del Poder público, ni podían adquirir bienes raíces, ni casarse con las hijas de los ciudadanos; ante la justicia necesitaban un *patrono* que los representase. Los únicos dueños de *Atenas* eran, pues, los *ciudadanos*, «especie de sociedad cerrada en que no entran más miembros que los aceptados por los antiguos, y este

favor lo reservaban á sus hijos.» Ellos son los directores del Estado, los que pueden formar parte de la asamblea, los que tienen el derecho de desempeñar las funciones públicas. A los veintiocho años, el joven ateniense [hijo de ciudadano y ciudadana] debía presentarse ante la asamblea; y, al recibir las armas, prestaba el juramento en estos términos: «Juro no deshonrar, estas armas sagradas, no abandonar jamás mi puesto en el combate; juro obedecer á los magistrados y á las leyes, y venerar la religión de mi patria.»

El Gobierno de los atenienses llegó, entre los ciudadanos, á ser una verdadera *democracia* [gobierno por el pueblo. Quince ó veinte mil personas dirigen á su antojo el Estado; ellos forman la asamblea, que se reúne tres veces para deliberar y votar; todos pueden hacer uso de la palabra, subiendo á la tribuna por orden de edades, y una vez que todos los ciudadanos han hablado, el presidente pone el punto á votación, declarándose por la afirmativa, cuando la mayoría levanta las manos. Los mismos ciudadanos forman la asamblea de justicia, en que se reúnen por grupos ó salas, de 1,000 á 1,500 jueces: verdaderos «Jurados populares,» en que acusado y acusador se defienden, pronunciando discursos, que debían durar el tiempo marcado por un reloj de agua. Por último, el *Consejo de Estado*, compuesto por 500 ciudadanos, y que preparaba los negocios, sometidos después á la *asamblea*; los *magistrados*, que ejecutaban los acuerdos: 10 estrategias para mandar el ejército, 30 empleados de hacienda y 60 de policía; todos recibían sus cargos por sorteo riguroso, y el Poder estuvo propiamente en manos del pueblo, [1].

Los más influyentes en este régimen político, en que todos los asuntos públicos se resuelven por medio de discursos, eran los oradores, [demagogos ó directores del pueblo], á quienes el pueblo confiaba embajadas y hasta el mando de los ejércitos. El partido de los ricos se burlaba de esto. *Aristófanes*, célebre autor de comedias, pinta al pueblo en una de ellas bajo la forma de un viejo imbécil, á quien le dicen: «Eres ridículamente crédulo, dejas que los aduladores é intrigantes te gobiernen, llevándote cogido de la nariz, y te sientes transportado de alegría cuando te arengan»... «Eres

(1) Solo los estrategias parece que eran nombrados directamente por la asamblea.

grosero, perverso,» dice el coro, dirigiéndose á un aventurero, «posees voz robusta, elocuencia impudente y gesto atrevido; créeme, tienes las cualidades necesarias para gobernar á Atenas.»

La vida privada de los atenienses contrastaba con la grandeza de su vida pública; como el ciudadano solo se ocupaba en gobernar y combatir, apenas le quedaba tiempo para permanecer en la casa y cuidar de su familia. Cuando nacía un niño, el padre tenía derecho, conforme á la bárbara costumbre de muchos pueblos orientales, de abandonarlo, para que muriese, sin el auxilio de los necesarios cuidados materiales [1]. Si era recogido, lo educaban de un modo uniforme, solo variable según el sexo. El niño, á la edad conveniente era confiado á los cuidados de un *preceptor ó pedagogo*, que era generalmente un esclavo, encargado de enseñarle á obedecer, á *portarse bien*. Luego, iba á la escuela, donde aprendía á leer, escribir, contar, recitar versos, y á cantar al son de la flauta. El objeto de esta educación é instrucción, que completaban con ejercicios gimnásticos, era, como decían los griegos, formar hombres «sanos de cuerpo y tranquilos de espíritu.»

Cuanto á la mujer, no se le enseñaba nada; permanecía hasta la mayor edad en la casa, al lado de la madre, sin ocuparse en más que los trabajos domésticos, hasta que se casaba. En el lugar más oculto de la casa ateniense, á la manera oriental, estaba el departamento destinado á las mujeres; casi nunca salían de allí, si no era para asistir á las solemnidades religiosas. Padre y marido parecían tratarlas duramente y con desprecio. La base misma de la familia (el casamiento), era vista con indiferencia y hasta con mala voluntad. *Menandro* dice que «el matrimonio es un mal, pero un mal necesario.» El mismo *Platón* dice: «que si los hombres se casan no es por gusto, sino porque la ley lo exige.» Sobre tan deleznable bases, la sociedad helénica, á pesar de la brillantez de su vida pública, tenía que perecer muy pronto.

(1) Lo que abandonaban con más frecuencia eran las hijas. «Un hijo,» dice un griego, «es siempre educado, aun cuando se viva en la mayor miseria: una hija se repudia, aun en el caso de ser rico.»

III.— Gobierno y costumbres de Esparta.



Al sur de Grecia, en el *Peloponeso* [hoy Morea] estuvo *Esparta*; ya para el siglo IX era la primera ciudad por su régimen político y social. *Licurgo* que vivió probablemente en ese siglo [884], dió una constitución que hizo la celebridad de Esparta.

Desde que los motaíneses dorios invadieron el *Peloponeso*, fijaron su residencia en la *Laconia*, expulsando á los *Aqueos*. Los antiguos habitantes (aqueos ó lacedemonios) que no quisieron emigrar fueron víctimas de una opresión y de un trato, de que no hubo ejemplo en ninguna otra ciudad griega. Desde entonces hubo en *Esparta*, como en *Atenas*, tres clases de habitantes: los *ilotas*, los *periecos*, y los *espartanos* ó *dorios*. Los primeros vivían en chozas diseminadas en el campo, cultivaban la tierra y estaban adscritos á ella de padre á hijo. Eran tratados de un modo insolente y grosero. Un poeta los compara «á asnos cargados, que vacilan bajo el peso de su carga y de los golpes que reciben.» Los *periecos* son los que comercian, y los que fabrican los objetos necesarios; pagan tributo, obedecen á los señores, pero disfrutan de cierta libertad. Los *dorios* eran los únicos que formaban la ciudad; para ellos eran las leyes, el poder, la justicia y el derecho. Sobre esta base desigual de masas de hombres, sometidas á crueles opresores, estableció *Licurgo* (1) su sistema de educación y de gobierno, que hizo de Esparta el pueblo más singular del pueblo antiguo.

El sistema de educación era militar enteramente. Al nacer, el niño era presentado á un consejo de revisión: los débiles eran condenados á perecer; los bien constituidos eran educados en comunidad, y se les sujeta á una vida dura, vida de cuartel ó campamento. Los visten con un manto ligero, los obligan á andar descalzos, á dormir sobre un haz de cañas y á bañarse en las aguas frías del *Eurotas*; comen poco y de prisa, se les hace

(1) Muchos creen que *Licurgo* es un mito, y que las instituciones que se le atribuyen, se formaron poco á poco en Esparta, del siglo X al VIII.

pelear á puñetazos y les dan azotes con frecuencia, impidiéndoles exhalar una queja. Los enseñaban á robar el alimento, con tal que no fuesen descubiertos; les estaba prohibido hablar durante la comida y debían obedecer á todos los hombres formales que encontrasen. Con las mujeres pasaba lo mismo; las obligaban á correr, saltar, lanzar el disco y el dardo, ni más ni menos que los hombres. Unos y otras andaban «mirando el suelo, silenciosos, sin volver la cabeza, sin hacer más ruido que una estatua.» Llegaron á tener hasta un modo particular de expresarse: el *laconismo*, que consiste en emplear frases cortas, y enérgicas por lo concisas, y que han dado nombre á una forma literaria: el *estilo lacónico*.

En su vida todo está reglamentado: el traje, la hora de levantarse y acostarse, las comidas y los ejercicios; la música y el baile son cantos de guerra y movimientos de combate. Los espartanos, más que un Estado, constituían un ejército acampado en país enemigo; y así era, en efecto, pues 200 mil *ilotas* y 120 mil *periecos*, estaban dispuestos á lanzarse sobre sus opresores tan pronto como se debilitaran. La fuerza, el valor y el heroísmo, llegaron á ser en ellos proverbiales; las mujeres mismas dieron ejemplos admirables. Una madre espartana que vió volver á su hijo huyendo del combate, lo mató con su propia mano diciendo: «el Eurotas no corre para los ciervos.» Otra á quien dicen que sus cinco hijos han muerto: «No pregunto eso... ¿ha vencido Esparta?—Sí—Pues corramos á dar gracias á los dioses!»

Es de suponerse lo que sería el gobierno en un pueblo acostumbrado á la disciplina militar, y en el seno de estos guerreros altivos y orgullosos. Fué siempre monárquico y aristocrático: había dos reyes, que ellos mismos se decían descendientes de *Heracles* [Hércules], á quienes colmaban de honores; un Senado compuesto por veintiocho miembros, de misión vitalicia, y cinco *éforos*, inspectores elegidos anualmente, y que deciden de la paz y de la guerra, juzgan y mandan el ejército. Los *éforos* son, pues, los que gobiernan á Esparta. Estos magistrados toman decisiones de acuerdo con la asamblea de nobles, sus iguales, y hasta parece que consultan al pueblo en ciertas ocasiones solemnes; pero la verdad es que éste obedecía siempre á sus

superiores y que tenía como dueños. En realidad, el gobierno pertenecía á unas cuantas familias antiguas y ricas, que dominaban en la ciudad; era así, un gobierno esencialmente aristocrático.

La Institución que puede decirse con toda propiedad que los espartanos crearon, y que todos los demás griegos no hicieron mas que imitar, fué el ejército. Antes de ellos, los helenos y, con mayor razón los orientales, no iban juntos al combate, no había un cuerpo único, organizado de manera que pudiera ser manejado á su antojo por el jefe, sino que caudillos y peones marchaban desunidos contra el enemigo, sin obedecer más que á su capricho. Mas, los espartanos discurrieron dividir las masas de hombres en regimientos, batallones, compañías y secciones, con sus jefes respectivos, para ejecutar movimientos uniformes. Modificaron también el armamento reduciéndolo á sistema, y constituyeron el *hoplita* ó guerrero armado con sus armas defensivas y ofensivas: entre las primeras están la coraza, el casco, la espinillera y el escudo; entre las segundas, una corta espada y la lanza de algunos metros de larga.

El modo de combatir era el siguiente: al llegar junto al enemigo, forman en filas, ocho generalmente, cada cual muy junto á su vecino, constituyendo una masa compacta, llamada *falange*. Luego, se ponen en movimiento, con el escudo delante del cuerpo y la lanza en alto, formando una muralla impenetrable, contra la cual no pueden nada los *carros* y los esfuerzos aislados de los enemigos, mientras que ellos con su choque desbaratan las fuerzas del contrario. [1]. Mas, para efectuar estos movimientos uniformes se necesita agilidad y fuerza; y esta es la razón por que los griegos y, principalmente, los espartanos, dieron á la gimnasia y á los ejercicios corporales tanta importancia. El *gimnasio* fué desde entonces una Institución nacional para los griegos: lugar de recreo y escuela en que aprendieron sus pequeños ejércitos á vencer las colosales masas asiáticas, las innumerables muchedumbres del *gran rey*.

(1) Esto fué lo que pasó en las guerras contra los persas, conforme se verá en el Cap. IV.

CAPITULO IV.

Principales sucesos políticos de Grecia.

I.—Sucesos políticos del siglo XII al VI.

LOS primeros tiempos de Grecia se pierden en las fábulas de la época heroica. Del siglo XII al VIII (a. de J. C.) se verificaron aquellas violentas inmigraciones y emigraciones de pueblos, que dieron origen á los Estados helénicos en la península y en las islas. De todos estos Estados, *Esparta* brilló primero (siglo IX al VIII), como un gran cuerpo social y político, pujante por sus armas, mientras que *Atenas* se debatía en el seno de continuas revoluciones, tan fecundas más tarde. En dos encarnizadas guerras (743-768), después de la derrota definitiva de *Mesenia*, los espartanos dominan el *Peloponeso*. Este pequeño Estado, dirigido por un valeroso caudillo, *Aristómenes*, logró por mucho tiempo oponerse á la opresora dominación *lucedemonia*, combatiendo con éxito á sus orgullosos y fieros enemigos; pero, según tradición admitida por todos, el ateniense *Tirteo* inflamó con sus cantos belicosos el desmayado valor espartano, consiguiendo una victoria completa, en que sucumbió *Mesenia*, baluarte del *Peloponeso*.

En *Atenas* fué más lenta la evolución, y ningún suceso político exterior ni interior señaló este periodo primitivo de su historia, hasta que *Solón* (595) pudo elevarlo al primer puesto entre los Estados democráticos de Grecia. No obstante esto, las revoluciones continuaron despues de *Pisistrato* (561), cuando *Hiparco* é *Hippias*, (sus dos hijos), concentraron el Poder en sus manos. *Armodio* y *Aristógilon* logran libertar de estos dos tiranos la ciudad (510), y puede *Clístenes* restablecer la constitución democrática de *Solón*, ampliando el derecho de ciudadanía y concediéndolo á un gran número de extranjeros. De este modo preparó mejor porvenir á la ciudad, tan ilustre después en la guerra, en las artes y en las ciencias.